

mis temores y mis esperanzas, sabréis que mi intención ha sido pura y me ampararéis á la hora de la muerte. Yo os nombro Patrona de la santa causa que proclamo.

Y el Cura besó humildemente las plantas de la Virgen de Guadalupe.



## CAPITULO X

DE CÓMO FUÉ INTERRUPTO GIL GÓMEZ EN MEDIO DE SU SUEÑO, PARA CONTRIBUIR SIN SABERLO, A LA INDEPENDENCIA DE LA NUEVA ESPAÑA.

Hacia solamente un cuarto de hora que Gil Gómez dormía, aunque ya profundamente, comenzando á soñar que ya distinguía en el camino á Fernando, acompañado por el venerable sacerdote que con tanto cariño le había curado y dado hospitalidad, y el bravo y franco Capitán, que estuvo á pique de impedirle correr más, cuando fué interrumpido en medio de su sueño por éste, que le sacudía rudamente, diciéndole en alta voz:

—Ea, joven; fuerza es levantarse.

—¿Qué hay?—murmuró Gil Gómez despertando sobresaltado á la voz de Aldama,—¿qué hay, Fernando? Si vieras por alcanzarte de lo que he escapado hace poco.....

—Qué Fernando, ni qué peligro,—dijo sonriendo Aldama—vamos, joven, acabe Ud. de despertar.

—¡Ah! ¿es Ud., Capitán?—dijo Gil Gómez, reconociendo la voz que le hablaba.

—Sí, yo soy, amigo mío, levántese Ud. presto.

—¿Pues qué es lo que pasa?, preguntó el joven sorprendido.

—El señor Cura Don Miguel, necesita inmediatamente de sus servicios, y me envía á rogarle á Ud. que vaya sin pérdida de tiempo á su presencia.

—Voy inmediatamente, dijo el joven, abandonando sin sentimiento el lecho que acababa de brindarle un reposo tan fugitivo, y dirigiéndose al cabo de un momento, que tardó en arreglarse, ante la presencia del Cura.

Este meditaba con la cabeza entre las manos y de codos sobre la mesa; al ruido que produjo el joven en la puerta, se levantó haciéndole seña de acercarse.

Gil Gómez se aproximó con tímido respeto al anciano.

—Joven,—dijo éste mirándole fijamente á la cara, con aquella mirada profunda y pensadora que hacía poco lo había con-

movido,—va Ud. á prestar en este momento un servicio eminente á la patria y á la causa de la justicia y la religión.

—No comprendo, murmuró el asombrado joven.

—¿Lo hará Ud. cuando yo se lo suplico?

—Lo haré, señor, si es que está en mi mano.

—Pero antes dígame Ud. con franqueza; ¿qué hacía en medio de las calles á horas tan avanzadas de la noche y á dónde se dirigía?, interrogó el Cura con acento paternal.

—Señor, me dirigía á San Miguel el Grande para unirme con un hermano, que ha sido destinado á las milicias de ese pueblo, y lejos del cual me es imposible absolutamente vivir.

El anciano se sonrió encantado de aquella candorosa franqueza.

—Está bien, yo le prometo á Ud. solemnemente, joven, que mañana á estas horas, si yo no he muerto, se encontrará en San Miguel el Grande, dijo Hidalgo.

—¿Mañana á estas horas, si Ud. no ha muerto? Ciertamente no comprendo la coincidencia, murmuró Gil Gómez con asombro.

—Pronto sabrá Ud. por lo que lo digo; pero antes exijo su promesa de ejecutar fielmente lo que yo ordene.

—Aunque mis servicios no tuvieran una recompensa tan grata, los prestaría

gustoso al caritativo sacerdote, que con tanto amor y cariño me ha recibido en su casa esta noche, respondió Gil Gómez, con una exactitud de buen soldado, de que nuestros lectores que hasta aquí sólo han mirado en él un niño voluntarioso y travieso, sin más sentimiento desarrollado que su amor á Ferando, le hubieran creído indigno, si ignorasen cuánto avaloran los sentimientos, las impresiones profundas que sobre algunos corazones ejercen algunos hombres y las circunstancias solemnes y difíciles de la vida. El joven, en efecto, había amado al verle á aquel anciano, y ahora éste le pedía un servicio muy importante, según parecía, servicio que por otra parte le recompensaba, prometiéndole no impedir su viaje, y aquella unión con su hermano tan deseada. Además, es demasiado lisonjero para un joven verse solicitado por un anciano.

—Está bien, joven, yo hago á Ud. independiente de ésta, otra promesa.

—¿Cuál promesa, señor?

—Dentro de pocas horas será Ud. nombrado Capitán de una compañía en las milicias de San Miguel el Grande.

A estas palabras Gil Gómez no pudo menos de perder su gravedad, dando un salto y estrechando entre sus brazos á Hidalgo, al mismo tiempo que le decía:

—¡Oh! señor, ¿no es una chanza lo que

está usted diciendo? ¿será cierto que en lo sucesivo podré vivir en compañía de mi hermano? ¡gracias, mil gracias! el Señor le recompense á Ud. tanta bondad hacia mí.

—Pero antes de eso, continuó Hidalgo, sonriendo del juvenil entusiasmo de Gil Gómez, necesito de Ud. un juramento y una promesa bastante solemnes.

—Aunque expusiese mi vida á un riesgo espantoso, juraría cuanto Ud. desee, señor.

—Joven, es Ud. demasiado niño todavía para comprender el tamaño de la empresa á que me lanzo; pero si bien no puede ser la cabeza que piensa y dirige, sea Ud. al menos el brazo que ejecuta. Yo le aseguro que no será un ciego instrumento de crimen ni de venganzas villanas; por el contrario, defiende Ud. la causa de la patria, de la religión y de la justicia, dijo Hidalgo con acento de solemnidad.

—Así lo creo, señor, porque todo en Ud. me lo está revelando; ¿cuál es ese juramento?

—Arródllese Ud. delante de esa imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, dijo Hidalgo.

Gil Gómez ejecutó con una devoción de niño lo que se le mandaba.

—¿Jura Ud. defender la santa causa de la Independencia de la Nueva España,

contra los tiranos Europeos que la esclavizan?

—Sí, juro.

—¿Jura Ud. obrar siempre en acuerdo con los sentimientos de la religión, la fraternidad y la justicia?, continuó el anciano, con su misma solemnidad.

—Lo juro con todo mi corazón, exclamó el joven.

—Pues ahora, levántese Ud., porque desde este momento pertenece completamente á la causa de los Americanos.

—¿Qué debo hacer?, preguntó Gil Gómez respetuosamente, poniéndose de pie.

—Alarmar á los habitantes de este pueblo y hacer que antes de una hora se encuentren reunidos en la plaza.

Era tan ardua la empresa, que Gil Gómez no pudo menos de hacer una exclamación de sorpresa; pero reflexionando que ya no era tiempo de retroceder, y pensando en su juramento, pudo aparentar indiferencia y decir, aunque en voz baja, inclinándose respetuosamente en señal de obediencia:

—Se hará así y dentro de una hora los habitantes estarán reunidos en la plaza del pueblo de Dolores; ¿hay algo más?

—No; basta eso solamente.

—¿Se me permite usar de cualquier medio para conseguirlo?, interrogó el joven, con su mismo respeto, al cabo de un momento de reflexión.

—Puede Ud. usar de todos los medios que le parezcan necesarios, en el concepto de que habrá procedido con arreglo á su comisión, le respondió Hidalgo.

Gil Gómez se inclinó profundamente y salió de la sala á tiempo que Aldama y otro Capitán, que según sabemos ya, era Don Ignacio Allende, entraban á ella perfectamente armados y como dispuestos á entrar en campaña si era posible.

Dejémosles obrar por su lado y sigamos á Gil Gómez, que después de haberse ceñido su mohosa espada y sus clásicas pistolas, salió á la calle para alarmar á los habitantes del pueblo de Dolores.

Daban las dos de la mañana en el reloj de la parroquia, y ¡cosa extraña! este ruido de la campana despertó al joven de la meditación en que había caído, pensando cómo poner en planta tan ardua empresa y con tal premura de tiempo.

Pero él era hombre de recursos, como sabemos, y no podían faltarle ahora que se trataba de una capitania nada menos; así es que casi á tientas, guiándose por las paredes, se acercó á la torre, cuya sombra cercana se veía destacarse sobre el resto de los edificios, y cuya puerta encontró abierta, como si el cielo favoreciese sus proyectos.

Comenzó una ascensión demasiado peligrosa, murmurando:

—¡Ah! señor Gil Gómez, creo que se acerca Ud. á la capitania y á su hermano Fernando.

Luego que hubo llegado al término de su aeronáutica carrera, ató fuertemente, formando un solo haz, las cuerdas que terminaban los badajos de todas las campanas, y reuniendo todas sus fuerzas en una impulsión suprema, comenzó el repique más desesperado y más desacorde que los habitantes de Dolores habían podido oír en aquellas horas tan desusadas.

Como un cuato de hora campaneó sin fatigarse, abriendo sus brazos exageradamente, corriendo de un lugar á otro de la torre, valiéndose de cada uno de sus dedos, como si fuesen otras tantas manos, de sus dientes y hasta de sus uñas; pero sin observar un efecto notable que le indicase ce ar. Por fin, al cabo de un rato comenzaron á brillar algunas luces detrás de las ventanas; algunas caras tímidas de coñolient s vecinos se asomaron á ellas, interrogando al silencio de las calles la causa que producía aquel escándalo y aquel campaneo tan terrible y tan desusado. Cuando Gil Gómez comenzó á notar los efectos de su repique, comprendió que era necesario rematar la obra, y mientras que con una mano continuaba haciendo gemir á las campanas, con la otra disparó sus dos pistolas

sucesivamente, dejando de intervalo entre cada tiro dos minutos. Esta vez sí, la curiosidad llegando á su colmo, estalló completamente, y desde su altura el joven, sin dejar de repicar, pudo notar movimiento de luces que iban y venían precipitadamente en todas direcciones; oyó voces y gritos de alarma, notó grupos que comenzaban á formarse en la plaza; llegaron también á sus oídos tres ó cuatro disparos de armas de fuego, y así que se satisfizo completamente del buen éxito de su plan, bajó precipitadamente á riesgo de una caída evidentemente mortal, corriendo á mezclarse con esos grupos que más notablemente se habían formado delante del curato. Ya ni tuvo necesidad de más, porque en aquel momento Hidalgo, acompañado de los capitanes Ailende y Aldama, les arengaba con las siguientes palabras:

—Os he llamado, hijos míos, para haceros saber que he pensado sacudir el yugo que pesa sobre vosotros hace tres siglos. De hoy en más, si la Virgen de Guadalupe ampara nuestra causa, saldremos de ese estado terrible de esclavitud en que hasta aquí hemos vivido. Decid conmigo: ¡Viva la América! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!

Hidalgo pudo escuchar dominando los gritos de entusiasmo que acogían sus palabras, uno de él ya conocido, que ex-

clamaba también: ¡Viva la América! ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Viva el Cura Hidalgo! ¡Viva el Capitán Aldama! —¿Y ahora qué debo hacer?, dijo el joven al oído del Cura, acercándose á él, no sin algún trabajo.

—Correr al cuartel del Regimiento de la Reina, reunir y armar los soldados que allí hay, ponerse á la cabeza de ellos y volver aquí.

—¡Diablo! esto sí es un poco más difícil, murmuró el joven confundido entre la multitud que vitoreaba á Hidalgo y corriendo al cuartel después de haberse informado hacia qué parte se hallaba, á fin de ejecutar lo que se había mandado.

Pero debió emplear una lógica muy elocuente, porque en vez de ser fusilado como en sus adentros había temido, un cuarto de hora después volvía á la cabeza de un grupo de cerca de doscientos soldados armados de espadas y arcabuces, que exclamaban con entusiasmo: ¡Viva la América! ¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe! ¡Viva el Cura Hidalgo! y se ponía á la disposición de éste, preguntando con su mismo acento respetuoso:

—¿Hay algo más que hacer?

—Sí, bravo joven, darme un abrazo, y colocar sobre esos hombros dos divisas de Capitán, respondió el anciano estrechándole paternal y afectuosamente entre sus brazos.

Cuando los soldados del Intendente llegaron á ejecutar su orden, ya era tarde, porque el pueblo de Dolores presentaba el aspecto imponente de un campo de batalla, y sea de grado sea por fuerza, se adhrieron al plan que se acababa de proclamar.

Dos horas después una masa de hombres armada de espadas, fusiles, palos y aun flechas, á cuya cabeza marchaban Hidalgo, Allende y Aldama á su lado, y cuya marcha abría Gil Gómez, conduciendo un estandarte en cuya extremidad se ostentaba un cuadro pequeño que representaba una imagen de la Virgen de Guadalupe, se dirigía hacia San Miguel el Grande, poblando el aire con los gritos de ¡Viva la América! ¡Viva el Cura Hidalgo! ¡Mueran los españoles!

¿A dónde vas, huracán humano, rugiendo como si se aproximase la tempestad? ¿Piensas acaso derribar el sólido edificio de una dominación de tres siglos? Detente, ¡por Dios! que es empresa inútil, que sólo en la imaginación de un débil anciano fabricitante ha podido nacer y desarrollarse: detente! porque te opondrán por valladar la crueldad y un mural de pechos humanos henchidos de orgullo, de rencor, respirando el odio de tirano ofendido. Detente, que te aguardan las tropas llenas de recursos de que tú careces, y la Inquisición con sus som-

bras y martirios. Mas no, ¡paso á la libertad! ¡paso á la regeneración! ¡atrás! ¡atrás la dominación y las viejas preocupaciones! ¡Ay de vosotras, flores impuras de la monarquía, si creéis embriagar con vuestros falsos perfumes á esa avalancha de hombres, que avanza y más avanza destruyendo cuanto intenta detener su paso de gigante. ¿Qué, son estos acaso aquellos indios tímidos, que inclinaban humildes y resignados su frente á la tierra, al sentir el látigo sobre sus espaldas? ¿Son aquellos que se humillaban, cuando pasabais cerca de ellos con la mirada altanera, con la frente erguida, con la sonrisa del desprecio, insultando con vuestro lujo su miseria, esarneciendo con vuestra nobleza de favoritismo y de crimen, su nobleza de mérito y de raza? Ya veis cómo esa humildad y esa resignación eran fingidas por la impotencia, ya veis cómo esa humillación era de la vergüenza de su afrenta. Miradlos, cada hombre es un coloso; miradlos rugir, enfurecidos al recuerdo de sus afrentas; miradlos moverse como impulsados por un resorte, á la débil voz de un trémulo anciano, que ha comprado gustoso con su vida el noble orgullo de proferir una palabra que hace tres siglos no se profería en el Anáhuac; pero esa palabra no se borrará ya de los corazones que la han escuchado, aunque su nombre se bo-

rre del catálogo de los vivientes, porque la música de esa palabra ha llegado al abismo de las dolientes almas esclavas, como el dudoso, pero vivificador rayo de sol, que penetra al través de las estrechas ventanas de la prisión á calentar los ateridos miembros del pobre prisionero.

Por todas las haciendas y aldeas que aquella reunión de hombres atravesaba, se le unían nuevos combatientes, armados de palos, flechas y hondas, pero rejuvenecidos, alentados por aquel grito supremo de: ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Mueran los españoles!

El ejército naciente dejó atrás el santuario de Atotonilco, llegando al anochecer á San Miguel el Grande, que los recibió con los brazos abiertos; uniéndoseles allí todo el Regimiento de Caballería de la Reina, del cual, como ya sabemos, eran Capitanes Allende, Aldama y además Abasolo. Los vecinos que veían alegres desfilar por las calles á aquel ejército, á quien vitoreaban, podían notar á un joven alto, flaco, de cara travesía, conduciendo un estandarte con una imagen de la Virgen de Guadalupe y gritando con toda la fuerza de sus pulmones: ¡Viva el Cura Hidalgo! ¡Viva el Regimiento de la Reina! ¡Mueran los españoles!

Pero cuando la multitud que obstruía las calles se hubo disipado, si algún cu-

rioso le hubiese seguido, le habría observado correr al cuartel de los Dragones de la Reina; recorrer todas las casas de los soldados, preguntar á cuantos encontraba si aún no había llegado el Teniente D. Fernando de Gómez, y al oír una respuesta negativa, correr con desesperación para hacer la misma pregunta en todos los mesones y una gran parte de las casas del pueblo, sollozando casi al oír en todas partes la misma negativa respuesta. A la media noche se retiraba á su cuartel, disculpándose de su ausencia diciendo que había trabajado en asuntos del servicio, y se dejaba caer sobre un banco, exclamando con desconsuelo:

—¡Ah! no ha llegado aún y tal vez con lo que aquí ha pasado ya no venga. Mas ¿qué haré entonces, Dios mío?

Pero como á los veinte años la naturaleza impera siempre sobre el sentimiento, no tardó en quedarse profundamente dormido, á pesar de la grita y estruendo que armaban los improvisados soldados del Cura Hidalgo.

Cuatro días después, el ejército libertador, considerablemente engrosado sus filas por hombres de los campos y por los soldados de las guarniciones de las aldeas, se presentaba delante de Celaya; pero como esta villa aparecía con un aspecto algo hostil por que en las torres y edificios elevados se veían grupos de sol-

dados, Hidalgo entró en conferencia con los capitanes Allende y Aldama, que habían sido elevados por él al rango de tenientes coronales, á fin de determinar lo que se debía hacer para evitar una matanza terrible, que podían verificar los soldados de una villa rebelde á recibirlos, que por muchos esfuerzos que hiciese para resistir, no podía dejar de sucumbir al número.

Se determinó hacer una intimación que amedrentase á los vecinos y los hiciese rendirse pacíficamente, aunque tal vez no se tuviese intención de cumplir las amenazas que en ella se hiciesen.

Por consiguiente, Gil Gómez, en su calidad de capitán de confianza y secretario, fué llamado á la presencia de los jefes, adonde escribió la siguiente intimación que le dictó Hidalgo:

“Intimación al Ayuntamiento de Celaya.

“Nos hemos acercado á esta ciudad con el objeto de asegurar las personas de todos los españoles europeos: si se entregan á discreción serán tratadas sus personas con humanidad; pero si por el contrario se hiciese resistencia por su parte y se mandara dar fuego contra nosotros, se tratarán con todo el rigor que corresponde á su resistencia.

“Dios guarde á ustedes muchos años.

“Campo de batalla.—Septiembre 19 de 1810.—Ignacio de Allende, etc., etc.”



—¿Qué os parece la intimación, señores?, interrogo Hidalgo a los jefes.

—Creo, observó Aldama, que es poca cosa la amenaza que se les hace y que se debería añadir otra que los amedrente más.

—¿Cuál es?

—La de pasar por las armas a los europeos que traemos prisioneros, si es que piensan resistir.

—Pero, Don Juan, eso es terrible y no me puedo resolver a semejante cosa, observó Hidalgo, que odiaba la crueldad.

—¿Es acaso cierto que lo vaya Ud. a ejecutar?

—Pero una mentira insubordinará a nuestro ejército, que lo que más necesita es la moralidad y la disciplina.

—Pero puede también evitar la efusión de sangre.

—Dice usted bien, Don Juan, eso sobre todo, dijo Hidalgo, que para gran general tenía el defecto de ser demasiado humano, guardando hasta su último momento la benevolencia del sacerdote.

Y después de reflexionar un momento, añadió a la intimación las siguientes palabras que Gil Gómez escribió:

“Posdata. —En el mismo momento que se mande dar fuego contra nuestra gente, serán pasados por las armas setenta y ocho europeos que traemos a nuestra disposición. —Hidalgo, Allende, Aldama. Señores del Ayuntamiento de Celaya.”

Hidalgo mandó venir a su presencia a todos los oficiales del nuevo ejército para hacerles saber la disposición tomada. Pero se trataba de lo más importante, de hacer llegar aquella intimación a la ciudad que tan hostil parecía mostrarse.

Era tan atrevida la comisión, corría tan grave peligro de ser fusilado sin piedad el que se encargase de ella, que no pudo menos de notarse un movimiento de irresolución entre los oficiales a quienes la insinuación parecía dirigirse más directamente.

Hidalgo lo notó, pero antes de verse obligado a nombrar tal vez uno que la desempeñase, salió de entre aquel grupo un joven, que en él se había confundido, y dijo inclinándose respetuosamente:

—Yo suplico que se me conceda el honor de encargarme de esa importante comisión.

—Está bien, señor Capitán Gil Gómez, se concede a Ud. lo que solicita, en atención a los méritos y servicios que ha prestado por su valor y actividad a la santa causa de la libertad, respondió Hidalgo con la gravedad de un jefe, pero sintiendo impulsos de estrechar contra su corazón a aquel joven tan noble y desinteresado, que parecía destinado por el cielo para salvarle en los lances más difíciles, haciendo gustoso el sacrificio de su vida.

Gil Gómez salió para ejecutar su peligrosa comisión, murmurando:

—Tal vez Fernando, no queriendo adherirse á nuestra causa, se encuentra entre los soldados que defienden al Virrey, y entonces podré estrecharlo entre mis brazos y acaso persuadirlo á unirse con nosotros.

Y el joven recalcaba la pronunciación sobre la palabra "nosotros," con una sonrisita de orgullo y satisfacción muy disculpable á su edad, por la prueba de confianza con que se veía honrado.

Pero mucho debió amedrentar á los habitantes de Celaya la intimación del Cura Hidalgo, porque al momento depusieron su aspecto hostil y la ciudad fué ocupada en buen orden por las tropas americanas.



## CAPITULO XI

### LO QUE VALÍA LA CABEZA DE HIDALGO.

Un rayo fué para el Virrey Venegas la noticia de la insurrección de Hidalgo. Conoció desde luego que aquel grito de libertad, lanzado desde el rincón de un pueblo miserable, por un modesto párroco, había encontrado un eco de música en todos los corazones de los buenos mexicanos. Hombre previsor y acostumbrado á conocer á primera vista las grandes catástrofes políticas por sólo sus anuncios, comprendió que estaba perdido completamente, porque la debilidad ó la ceguera de sus predecesores en el virreinato habían preparado aquellos sucesos, que tarde ó temprano debían ser